

le agrada, porque esta grandeza de confianza y esta generosidad de corazon, como dice san Bernardo (1), alcanza de Dios grandes cosas, á imitacion de un Moisés, que dijo á Dios: *Ostende mihi teipsum: muéstrateme á ti mismo*, y oyó por respuesta: *Ego ostendam omne bonum tibi; yo te mostraré todo el bien* (2). Y de un David que decia: *Á ti dijo mi corazon, mi rostro te buscó, y tu rostro buscaré* (3); y con esta determinacion llegó á tanta alteza, que vino á decir: *¿Qué tengo yo en el cielo; y fuera de ti, qué otra cosa deseo yo sobre la tierra* (4)? Estos y otros afectos semejantes puedo despertar en mi corazon, diciendo á Cristo nuestro Señor, unas veces como san Felipe: *Señor, muéstranos á tu Padre, y bástanos* (5). Otras veces como la Esposa: *Ó Amado de mi alma, muéstrame dónde apacientas, y sestas á mediodía* (6); descúbreme con tu lumbre celestial el lugar donde al mediodía con ferviente amor dormiste el sueño de la muerte, y adonde con luz clara, como de mediodía, manifiestas á los bienaventurados tu soberana gloria. Y descúbreme tambien los caminos del fervor para que aproveche y crezca en tu servicio, sin parar hasta que llegue á la luz del perfecto dia. Amen (7).

MEDITACION XVII.

DE LA APARICION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á SUS APÓSTOLES EL DIA DE LA ASCENSION.

PUNTO PRIMERO.—1. Llegado el dia que Cristo nuestro Señor habia determinado subirse á los cielos, como habia amado á los suyos, que estaban en este mundo, al fin les dió mayores señales de amor; y para esto aquel dia se apareció á los discípulos en el cenáculo, estando comiendo, y comió con ellos amigablemente (8), con grandes muestras de amor; y luego les dijo como aquel dia se habia de partir para su Padre: y es de creer, que para consolarlos de la tristeza que esta nueva les causó, renovó algunas de las razones que les dijo en el sermón de la cena.—Lo primero, les diria: *Voy á aparejar lugar para vosotros, y otra vez vendré y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy esteis vosotros* (9). Como quien dice: Yo subo al cielo, para abrir sus puertas y dar entrada á los justos que le han merecido, para que gocen de las moradas que están aparejadas en

(1) Serm. 32 in Cant. — (2) Exod. xxxiii, 18. — (3) Psalm. xxvi, 8.

(4) Psalm. lxxvii, 25. — (5) Joan. xiv, 8. — (6) Cant. i, 6. — (7) Prov. iv, 18.

(8) Act. i, 4. — (9) Joan. xiv, 2.

la casa de mi Padre: alegraos, que yo volveré por vosotros en la hora de vuestra muerte, y os llevaré conmigo, poniéndoos en el lugar que mi Padre os tiene señalado. Ó Amado mio, subid en hora buena al cielo, pues es vuestro, y para Vos principalmente fué criado; pero no os olvideis de volver por mí, para que yo llegue á estar donde Vos estais, ayudándome con vuestra gracia, para que sea digno de que me admitais en vuestra gloria.

2. Luego les diria la otra razon: *Si me amais, habeis de holgaros, porque voy á mi Padre, porque mi Padre es mayor que yo* (1): Que es decir, si me teneis amor, habeis de holgaros de mi honra y de mi contento, porque subo á mi Padre, que está en los cielos, el cual es mayor que yo, en cuanto soy hombre, y me ha de honrar y glorificar, poniéndome á su mano derecha, adonde goce con quietud del reino eterno que con mi pasion he conquistado. Gózome, ó dulce Jesús, de que subais á vuestro Padre, porque os amo mas que á mí, y deseo mas vuestra honra que la mia. Y pues vuestro Padre tambien lo es mio, tengo grande confianza que despues me llevaréis á gozar de su divina presencia.

3. Lo tercero, añadiria tambien: *Á vosotros importa que yo me vaya, porque si no me fuere, no vendrá el Consolador; pero si me fuere, yo os lo enviaré* (2). Como quien dice, no solo importa á mi honra el subirme al cielo, sino tambien á vuestro provecho, para que se perfeccione vuestra fe, y se levante vuestra esperanza, y se purifique vuestra caridad, y venga del cielo la plenitud del divino Espíritu, porque si yo no subo, no vendrá á vosotros el Espíritu Santo; así porque está decretado que yo suba primero, y desde allá os le envíe, como tambien porque vosotros no estais bien aparejados para recibirle, porque estais apegados con un modo de amor carnal á mi corporal presencia; y es menester que os descarneis de ella, para recibir don tan soberano. Por tanto, alma mia, mira bien que tu Dios es espíritu, y quiere ser amado con amor espiritual, desnudo de todo resabio de amor propio. Y si amar la presencia corporal de Cristo, con amor menos puro y algo interesado, impide la venida del Espíritu Santo, ¿cuánto mas la impedirá amarte á tí misma, ó á otra criatura alguna con amor desordenado? Ó dulce Salvador, gobernad como quisiéredes mi alma; y si para su provecho es menester que os ausenteis de ella, cuanto al consuelo sensible, hágase vuestra voluntad, porque cierto estoy que á su tiempo la da-

(1) Joan. xiv, 28. — (2) Joan. xvi, 7.

réis el Espíritu consolador, con la plenitud que la conviene, para durar en vuestro amor.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Habiendo Cristo nuestro Señor, consolado á sus discípulos, les dijo: *Sedete in civitate, donec induamini virtute ex alto: Estaos quedos en la ciudad, hasta que seais vestidos con la virtud de lo alto* (1). En las cuales palabras les promete la venida del Espíritu Santo, pero con modo muy misterioso, como se verá ponderando cada palabra de por sí.—Lo primero, les dice que se sienten y estén quedos, para enseñarles que la quietud del cuerpo y del espíritu con sosiego de corazón es importante para recibir este don celestial. Y tambien para avisarles que le esperen con paciencia y espacio, sin apresurarse mas de lo que conviene, dejando el cuidado de esto á Dios, y á esta causa no les quiso señalar el dia en que les pensaba enviar el Espíritu Santo, porque cada dia le esperasen y le pidiesen, y se aparejasen para recibirle; solamente les dijo que serian bautizados con el Espíritu Santo: *Non post multos hos dies; no de aqui á muchos dias* (2), para que tuviesen algun consuelo de que no seria muy larga la dilacion. De donde sacaré aviso para esperar con quietud y paciencia la venida del divino Espíritu, con la plenitud que deseo, remitiendo á la divina Providencia el dia de su venida, segun aquello de Isaías: *El que cree no se apresure* (3).

2. Lo segundo, les dijo que se estuviesen en la ciudad de Jerusalem; y aunque parecia mas á propósito que se fueran al desierto, ó á algun monte apartado, para esperar allí con quietud la venida del Espíritu Santo, no quiso sino que le esperasen en la ciudad y en el poblado, porque el Espíritu Santo no se les daba para ellos solos, sino para bien de todos los hombres; y así convenia se les diese en lugar público, de donde pudiesen salir luego á predicar la ley de Cristo, conforme á la profecía de Isaías, que dice: *De Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalem* (4). Demás de esto, Dios nuestro Señor mas desea la soledad del corazón que la soledad del cuerpo, y en medio del bullicio de mucha gente puede haber corazón quieto y pacífico, y apto para ver y recibir á Dios. Y quizá por esto, no sin misterio, esta ciudad aunque era populosa se llama Jerusalem, que quiere decir vision de paz. Ó Príncipe de la paz, pacifica mi corazón y sosiega mi espíritu, para que en todo lugar y tiempo pueda orar, levantando mis manos puras al cielo, esperando el don que me has prometido.

3. Lo tercero, les dijo que se estuviesen allí hasta que fuesen

(1) Luc. xxiv, 49. — (2) Act. i, 5. — (3) Isai. xxviii, 16. — (4) Isai. ii, 3.

vestidos de la virtud de lo alto; esto es, de la fortaleza del Espíritu Santo; en lo cual les da á entender, que de su cosecha están desnudos y desarmados: son flacos, pusilánimes y vacios del espíritu y caudal que es menester para salir por el mundo á predicar el Evangelio, y así que se han de estar quedos, hasta que venga sobre ellos el Espíritu Santo, el cual los vestirá con su gracia, y los armará con sus dones, y los fortificará con sus virtudes celestiales, dándoles fortaleza, virtud y caudal para esta empresa. Y esta virtud viene de lo alto, porque ella es alta y superior á todas nuestras fuerzas humanas; porque toda dádiva buena y todo don perfecto viene de arriba, del Padre de las lumbres (1), que mora en las alturas. De donde sacaré dos avisos. El primero, que importa mucho fundarme en humildad, reconociendo mi desnudez y flaqueza, porque de mi cosecha ni tengo vestiduras, ni armas bastantes, ni me puedo vestir de ellas si otro no me viste, como á un niño. Y por esto Cristo nuestro Señor no dijo, estaos quedos hasta que os vistais, sino hasta que seais vestidos.

4. El segundo aviso es, que es temeraria presuncion salir á estas graves empresas antes de tener este caudal, y ser vestidos de la virtud de lo alto, porque quien sale á pelear sin armas contra fuertes enemigos, será destruido de ellos. Ó Padre de las lumbres, de quien proceden todos los dones celestiales, pobre soy en tu presencia y niño pequenuelo, de tal modo, que ni tengo vestidura, ni me la puedo vestir, si tu misericordia no hace lo uno y lo otro conmigo. Vísteme, Señor, con la virtud de lo alto, para que con ella pueda acometer altas empresas de tu servicio, y no permitas que sin ella temerariamente me arroje á lo que no puedo; porque si quiero volar sin alas, en lugar de subir á lo alto, la soberbia me despeñará en lo profundo.—Últimamente, ponderaré que en decirles Cristo nuestro Señor que se estén quedos, hasta que sean vestidos con la virtud de lo alto, les da á entender que en recibéndola, luego han de salir á su empresa, pues como es vicio de temeridad salir antes de recibir esta virtud, así será vicio de pusilanimidad no salir despues de recibida, como salieron los Apóstoles, y se verá en la meditacion XXIV.

PUNTO TERCERO.— 1. Dicho esto, *eduxit eos foras in Bethaniam; sacólos fuera de la ciudad á Betania, al monte que se llama de las Olivas* (2). Aquí se ha de considerar como Cristo nuestro Señor dijo á todos los discípulos que estaban en el cenáculo, que se fuesen luego

(1) Jacob. i, 17. — (2) Luc. xxiv, 50; Act. i, 12.

á Betania, al monte de las Olivas, porque desde allí habia de subir-se al cielo: no consta si él mismo los sacó y acompañó algún rato, dejándose ver de ellos y no de los otros hombres que pasaban por el camino, ó si se desapareció y ellos se fueron solos. Como quiera que haya sido, los Apóstoles cumplieron luego el mandamiento de Cristo nuestro Señor. Y es de creer que á la salida del cenáculo, se acordarian de la salida que hicieron para el huerto de Getsemaní, que estaba á un lado del monte de las Olivas, llenos de grandes tristezas y congojas, temblando de miedo por los trabajos que esperaban con la muerte de su querido Maestro. Pero ahora saldrian con grandes ansias, mezcladas de tristeza y alegría, esperando su gloriosa subida al cielo; y con este fervor caminarian con paso apresurado al lugar que les estaba señalado.

2. Lo segundo, se ha de ponderar, que Cristo nuestro Señor escogió para subir al cielo el monte Olivete, adonde oró á su Padre con agonía y sudor de sangre, y adonde fué desamparado de sus Apóstoles, entregado por Judas á sus enemigos; preso de los judíos, atado con sogas y hollado con sus piés; y de donde salió á padecer las ignominias de la cruz, quiere subir á gozar las grandezas de su gloria, para que se entendiese que por estos trabajos ganó el cielo que iba á poseer; y para que yo entienda, que si tengo paciencia, lo mismo que fuere principio de mi humillacion lo será de mi exaltacion, y de los trabajos temporales subiré á los descansos eternos. Tambien para esta subida señaló á Betania, que quiere decir casa de obediencia; y al monte de las Olivas, que representa la cumbre de la misericordia y caridad, para significar que todas las cosas que hizo, desde que encarnó hasta que subió á los cielos, fueron por obedecer á su Padre con perfectísima obediencia, en cuya casa siempre vivió, sin apartarse de ella. Y todas tambien fueron por el supremo fin de la caridad y misericordia, para bien de los hombres, por su amor, y por librarlos de sus miserias. Y juntamente nos enseña que el camino para subir al cielo es Betania, y monte de Olivas, casa de obediencia y cumbre de caridad y misericordia, castificando, como dice san Pedro, y pacificando nuestras almas con obediencia de caridad (1). Ó Hijo unigénito del Padre, que por los caminos de la obediencia y caridad subiste á sentarte á su mano derecha; suplicote me favorezcas, para que toda mi vida more en casa de obediencia, sin apartarme un punto de tu voluntad, procurando

(1) 1 Petr. I, 22.

siempre subir á lo mas alto de la caridad y misericordia, hasta que llegue á subir contigo á lo alto de tu reino, donde te vea y goce por toda la eternidad. Amen.

MEDITACION XVIII.

DE LA ASCENSION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO.—1. Estando todos los discípulos y la Virgen santísima en el monte de las Olivas (1), mostróseles Cristo nuestro Señor con un rostro mas resplandeciente y amoroso que solia, y en lugar de los abrazos que se suelen dar los que se aman cuando se apartan unos de otros, consintió que todos besasen sus sacratísimos piés y manos, saliendo de sus llagas un olor suavísimo que les confortaria el corazon: llegaria primero la Virgen nuestra Señora, lo cual con titulo de Madre besaria la llaga del costado, deseando entrar dentro del Hijo, para subirse con él al cielo, si le fuera concedido; mas como estaba muy resignada en la divina voluntad, no queria otra cosa mas de lo que Dios queria. Llegó luego san Pedro y san Juan, y los demás Apóstoles y discípulos, tocándole todos con grande reverencia y devocion.

2. Luego dice san Lucas: *Elevatis manibus benedixit eis, que levantando las manos los bendijo* (2). Dos cosas hizo Cristo nuestro Señor. La primera fué, levantar las manos en alto, para significar que la bendicion que pretendia echarles, no era en bienes de la tierra, sino en bienes del cielo, y que habia sido ganada por su pasion y muerte, levantando las manos en la cruz; y levantó ambas manos, porque ambas fueron clavadas en ella, y para significar la largueza de su bendicion, ofreciéndonos á manos llenas los bienes de gracia y gloria. De donde sacaré grandes afectos de alabanza y agradecimiento, diciendo con san Pablo: *Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendicion espiritual en las cosas celestiales, por su Hijo* (3). Ó Cristo benditísimo, por el dolor y amor excesivo con que levantaste tus manos en la cruz para ganarme las bendiciones celestiales, te suplico las levantes ahora para echarme tu copiosa bendicion: concédeme, Señor, que levante yo las mias al cielo, con oraciones y obras tan perfectas, que merezca levantes tú las tuyas, para bendecirme con ellas.

3. Lo segundo, dice san Lucas, que les bendijo, declarando con

(1) D. Thom. 3 p. q. 57; Marc. xvi; Act. I.—(2) Luc. xxiv, 50.—(3) Ephes. I, 3.